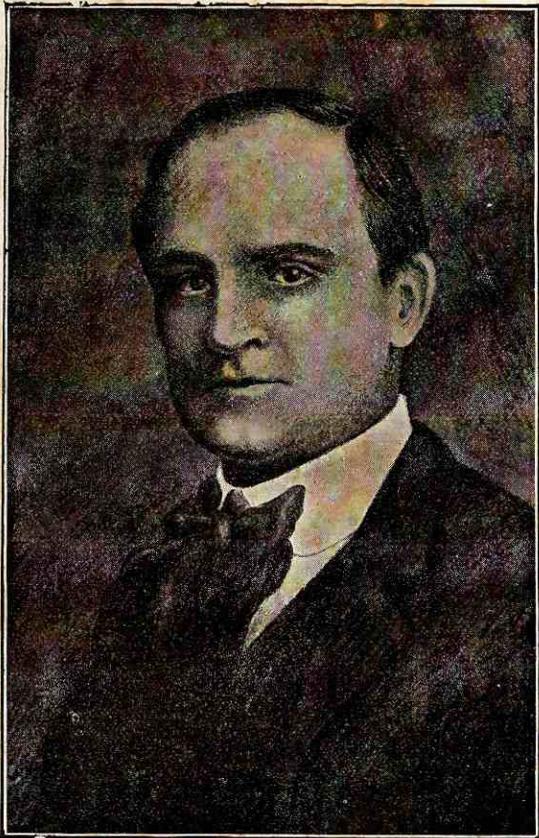


W. WATTS



LA NUEVA  
FILOSOFÍA

FELIU Y SUSANNA  
EDITORES BARCELONA



*William Walker Atkinson*

WILLIAM - W. ATKINSON

# LA NUEVA FILOSOFIA

VERSIÓN Y ADAPTACIÓN  
DE  
D. AGUSTIN DE MENA Y DEL VALLE

LIBRERIA COLOMBIANA  
CAMACHO ROLDAN & COMPAÑIA, S. A.  
7-50 - CALLE 12 - BOGOTÁ

FELIU Y SUSANNA. — EDITORES  
RONDA DE SAN PEDRO, 36. — BARCELONA

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ  
DE COLOMBIA  
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

TALLERES GRÁFICOS DE FELIU Y SUSANNA

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prefacio. . . . .	9
CAPÍTULO I	
El origen de la Vida y el origen del Hombre . . . . .	21
CAPÍTULO II	
La Evolución . . . . .	35
CAPÍTULO III	
La Evolución (Continuación) . . . . .	53
CAPÍTULO IV	
Las transmisiones bruscas . . . . .	67
CAPÍTULO V	
La Filosofía teosófica . . . . .	83
CAPÍTULO VI	
La Reencarnación . . . . .	101
CAPÍTULO VII	
El Karma . . . . .	123

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO VIII	
El Karma. -La Ley de causa y efecto. . . . .	135
CAPÍTULO IX	
El Yoga. -La Filosofía del Sankhya . . . . .	153
CAPÍTULO X	
El Yoga. -La Filosofía vedantina. . . . .	169
CAPÍTULO XI	
La Muerte . . . . .	193
CAPÍTULO XII	
El Pasado y Futuro del hombre. . . . .	209

---

## PREFACIO

Titulamos este libro LA NUEVA FILOSOFÍA, y en realidad el nombre no es adecuado.

La filosofía de que vamos a ocuparnos, no puede ser más antigua, acaso sea la más antigua de todas; pero al pasar de oriente a occidente hemos dado en llamarla nueva porque su divulgación entre nosotros data de época reciente, y quizás también porque de ella se han deducido nuevas teorías y valiosas enseñanzas que en el estado actual de la ciencia han tenido práctico desarrollo y aplicación.

La Nueva Filosofía está basada en la Teosofía, y la Teosofía a su vez lo está en la Filosofía india. No puede, por lo tanto, ser más antiguo su abolengo; así, pues, mejor que NUEVA, podríamos llamar ESOTÉRICA a la filosofía que va a ser objeto de este somero estudio, con el que pretendemos imponer al amante de este género de doctrinas de lo más saliente hasta ahora publicado, valiéndonos de aquellos

textos que consideremos más a propósito, pues nuestro trabajo se limita a ser obra de recopilación y exposición del criterio ajeno, más bien que del propio, como corresponde a una obrita de divulgación, que este es el carácter que damos a la nuestra.

En otras anteriores hemos hablado por propia cuenta, nos hemos valido de nuestras experiencias, y hemos deducido las consecuencias que nuestra mente nos ha sugerido; en ésta, nuestra tarea es más modesta, pero no menos útil para el estudiante a quien inquietan e interesan problemas que con el auxilio del saber de otros queremos ayudarle a resolver.

Acójase, pues, nuestro trabajo por lo que es y acéptese como una contribución al resurgimiento y difusión de doctrinas eficaces y consoladoras para el hombre.

Esto era lo que, en realidad, se propusieron H. P. Blavatsky y el coronel H. S. Olcott, después de todo, al fundar en 1875 la Sociedad Teosófica, pues fué su pensamiento formar un núcleo de fraternidad en la humanidad sin distinción de sexo, de raza, de posición o de creencia; fomentar el estudio de las religiones comparadas, de la filosofía y de las cien-

cias; estudiar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes latentes en los hombres.

La Teosofía, del griego *Teos* Dios y *sofos* sabiduría, sabiduría de Dios, sabiduría divina, puede ser definida como el conjunto de verdades que forman la base de todas las religiones. Prueba que ninguna de estas verdades puede ser reivindicada como propiedad exclusiva de una Iglesia. Ofrece una filosofía que hace comprensible la vida y demuestra que la justicia y el amor guían la evolución del mundo. Considera la muerte en su verdadero aspecto, como un incidente periódico en una existencia sin fin, y de ese modo presenta la vida desde un punto de vista eminentemente grandioso. De hecho restituye al mundo la antigua ciencia perdida, la ciencia del Alma y enseña al hombre que el alma es él mismo, en tanto que la mente y el cuerpo físico son sus instrumentos y servidores. Esclarece las Escrituras Sagradas de todas las religiones y las justifica ante la razón lo mismo que ante la intuición.

Se podría definir más exactamente la palabra "Teosofía" como "conocimiento directo de Dios" y el objeto último de la Teosofía como el "conocimiento más elevado o conocimiento de Aquel por quien

todo es conocido"; pero el conocimiento inferior o de "todo" lo que es susceptible de conocer y los métodos para conocerlo abundan en el estudio teosófico, y por lo tanto, con razón bastante, que el supremo conocimiento debe ser alcanzado por cada cual para sí, y muy poco por los otros, salvo indicando el camino, inspirando el esfuerzo, presentando el ejemplo, por lo que el conocimiento inferior puede ser enseñado en los libros, en la lectura, por medio de la conversación y es transmisible de uno a otro.

En la Teosofía existe una parte íntima o esotérica, como en todas las grandes religiones, más o menos explícitamente declarado, pero que se encuentra siempre como el alma de la religión y es superior a todos los dogmas que forman su parte exotérica.

Donde el lado exotérico presenta un dogma a la inteligencia, el esotérico ofrece una verdad al espíritu: aquél es visto y defendido por la razón, el otro es comprendido por la intuición; esa facultad "más allá de la razón" tras de la cual la Filosofía occidental anda a tientas. En las religiones que desaparecieron fueron enseñados los Misterios de la única

manera que podía ser, indicando el medio de procurar los métodos que revelan la vida del Espíritu más rápidamente de lo que esa vida se revela en la evolución natural y libre; sabemos por los escritores clásicos que en los *Misterios* el miedo a la Muerte se dejaba a un lado y que el fin deseado no era hacerse el hombre bueno, por cuanto sólo el hombre bueno era admisible, sino la transformación del hombre bueno en un Dios. Estos *Misterios* existían como el alma propia de las religiones de la antigüedad, y desaparecieron gradualmente de Europa desde el siglo cuarto al octavo por falta de adeptos.

Se encuentran muchas huellas de los Misterios Cristianos en los primitivos escritores de esta religión, especialmente en las obras de San Clemente de Alejandría y de Orígenes, con el nombre de "Los Misterios de Jesús". La condición de la virtud elevada se exigía aquí como en los *Misterios Griegos*: "Los que durante mucho tiempo no tuvieron conciencia de ninguna falta... que se aproximen".

De su origen y existencia se encuentran indicaciones en el Nuevo Testamento, en el cual se dice que Cristo había enseñado secretamente a sus discípulos: "A vosotros os es dado conocer los Miste-

rios del Reino de Dios, pero a los otros en parábolas”; y estos misterios, lo afirma Orígenes, eran transmitidos en los *Misterios de Jesús*; San Pablo también declara que “enseñamos el conocimiento” entre los que no son *perfectos*, dos palabras empleadas en los *Misterios*.

El Yslam tiene sus enseñanzas secretas, que se dice que fueron comunicadas por Alí, yerno del Profeta Mahoma, para ser encontradas por la meditación y una vida de disciplina, métodos enseñados entre los Sufís.

En el budismo tiene los suyos Sangua, de los cuales, también con una vida de disciplina, y por la meditación, se ha de descubrir la verdad interior.

El hinduismo (religión de los indios orientales) tanto en sus escrituras como en sus creencias vulgares, afirma la existencia del conocimiento supremo e inferior, éste para ser obtenido por la instrucción, aquél igualmente por la meditación y una vida disciplinada. Y esto que hace el conocimiento supremo “esotérico” no es oculto o escondido, pero no puede ser transmitido verbalmente; apenas puede ser alcanzado por el desdoblamiento de una facultad, de un *poder de conocer*, de un modo de cons-

ciencia, latente en todos los hombres, pero aun no desenvuelto en el curso de una evolución normal. Se manifiesta esporádicamente en el Místico muchas veces en forma errante, muchas veces acompañado de histeria, pero aun para el inteligente y sin prejuicios, de una nueva partida en la larga evolución de una consciencia humana. Es traído a la superficie por la pureza excepcional: “el puro de corazón verá a Dios”.

En ciertos casos de “conversión súbita” se manifiestan irrupciones de ese *poder de conocer* en la vida ordinaria. La consciencia espiritual es una realidad; su testimonio se encuentra en todas las religiones y llama la atención en muchos, lo mismo hoy que en todos los tiempos. Su evolución en el individuo apenas si puede ser suave y deliberadamente forzada, por la meditación y por la disciplina de la vida.

Porque el esoterismo en religión no es una enseñanza, sino un grado de consciencia; no es una instrucción, sino una vida. De aquí la censura hecha por muchos, que es astuta, vaga; es para aquellos que no la experimentaron porque *apenas aquello que*

*ha sido experimentado en la consciencia puede ser conocido por la consciencia.*

Los métodos esotéricos pueden ser enseñados, pero el conocimiento esotérico o que conducen, cuando es sucesivamente seguido y vivido, ha de ser obtenido por cada uno para sí. Podemos auxiliar a remover obstáculos a la vista, pero únicamente nos es posible ver con nuestros propios ojos.

La Teosofía es el conocimiento directo de Dios; lo que ese conocimiento investiga es el Misticismo o Esoterismo que la Teosofía concibe en una forma científica. En su sentido secundario es un cuerpo de doctrinas, obtenido por la separación de los dogmas comunes a todas las religiones, de las particularidades, costumbres, ritos, ceremonias que distinguen a unas de otras; presenta estas verdades comunes como un consenso de creencias universales, formando, en su todo, una *Religión-Sabiduría*, o la Religión Universal, la fuente de la cual todas las religiones independientes nacen, el tronco del Arbol de Vida, del cual brotan todas las ramas.

En su forma actual apareció en 1875, y desde entonces se ha abierto ancho campo ganando muchas consciencias, pues en ella se encuentran soluciones

razonables a muchos problemas que desde que el mundo es mundo han preocupado e inquietado al Hombre.

Resumir los últimos progresos y los más recientes pensamientos es lo que me he propuesto en este libro.

Empezaré, pues, por hacer un breve estudio sobre el Origen del hombre y la Evolución y su estado actual en el mundo científico.

## EL ORIGEN DE LA VIDA Y EL ORIGEN DEL HOMBRE

¿Cómo empezó la vida en nuestro planeta? — Cómo fracasan las soluciones propuestas. — Experiencias de Berthelot y de Hoxlaxa sobre las síntesis, hacen admisible la hipótesis de la radiobiogénesis. — ¿Cuándo aparece el hombre? — La ciencia actual no puede precisarlo. — Los primeros hombres y las civilizaciones primitivas. — Pero ¿de dónde proviene el hombre? ¿Desciende del mono, o el mono y el hombre descienden de un antepasado común?

## CAPITULO I

### **El origen de la Vida y el origen del Hombre**

¿Cómo empezó la vida en nuestro planeta? ¿De dónde proviene el hombre?

He aquí dos turbadoras interrogaciones que la consciencia humana se hace, se ha hecho y se hará constantemente.

Para que nuestras conclusiones revistan todo el carácter de neutralidad apetecible en asunto de tanta trascendencia, estudiemos lo que la Ciencia proclama, sin atenerse más que a los datos experimentales y a partir de esa base resolveremos más tarde.

¿Qué es lo que sabemos del origen de la vida? ¿Tenemos una vaga idea de la manera como ha aparecido en la superficie del globo? ¿En qué época se ha producido ese prodigioso suceso? ¿Fueron los vegetales los primeros en nacer o fueron los animales?

Desde las épocas más lejanas, los egipcios, los babilonios, los hebreos, los griegos, los latinos, los árabes, para satisfacer su curiosidad han imaginado respecto a esto un número incalculable de leyendas sagradas y de hipótesis naturales.

¿Está más adelantada que ellos la ciencia moderna?

El gran debate sobre la generación de los infusorios, durante el siglo XVIII, y sobre la alteración de los líquidos fermentables durante la segunda mitad del siglo XIX en los que se ha interesado Pasteur, momentáneamente parecieron resolver la cuestión. Han establecido sólidamente la noción de que no existe en la tierra *actualmente* la generación espontánea. Cada vez que aparece la vida en un medio estéril, hay que atribuirlo a la aportación de un germen celular venido del exterior.

La materia sin vida no puede adquirir vitalidad sin la influencia de más materia viva ya. Esta es una ley que de momento no admite excepción.

En esas condiciones si se quiere explicar el origen de la vida en la superficie del globo, sin admitir ni la generación espontánea ni la creación sobrenatural, no hay más que una solución verosímil, y es

la de que la Tierra, semejante a un vulgar caldo de cultivo, ha sido sembrada por uno o muchos gérmenes venidos de otro planeta habitado.

Piedras celestes, polvos cósmicos, a los que la fuerza propulsiva de las radiaciones estelares, la atracción universal habrán traído hasta aquí... Esto sería una explicación de momento y para lo que se refiere a la vida en la Tierra, si las experiencias sobre las acciones microbicidas de las radiaciones ultravioletas en las bajas temperaturas no demostrasen que ningún germen puede atravesar el vacío interaestral sin perecer irremisiblemente por la acción de los rayos ultravioletas del sol.

Pero aun hay fuerzas más peligrosas en la alta atmósfera que el físico Vegard acaba de descubrir. Los rayos catódicos que caen sobre los finos polvillos cristalinos de nitrógeno, que dan origen a las magníficas auroras boreales. No tan sólo son mortales esos rayos catódicos para los gérmenes que encuentran, sino además, después de la absorción, producen los rayos X de los que conocemos el temible poder.

Esos rayos X alcanzarían también a los gérmenes interaestres adheridos a los cristales de nitrógeno

y aun a aquellos que se encontraran protegidos en el interior de los polvos cósmicos donde podrían penetrar, si eran porosos y los aniquilarían indefectiblemente.

En cuanto al transporte por el intermediario de los meteoritos, de las piedras celestes, el mismo Pasteur ha demostrado experimentalmente que son estériles.

En el estado actual de la ciencia, pues, es preciso reconcentrar nuestras investigaciones sobre la tierra. Transportar a otra parte el origen de la vida es eludir el problema.

Además las fuerzas cósmicas han sido ya ampliamente suficientes para engendrar en nuestro planeta sustancias orgánicas y provocar en ciertas condiciones que ignoramos todavía la síntesis de las sustancias protoplásmicas vivas.

Las hermosas experiencias de Berthelot y de Hoxlase sobre las síntesis de los azúcares y de las sustancias amideas autorizan todas las esperanzas, y nos permiten imaginar la hipótesis de una radiobiogénesis.

Según esta concepción, es posible que en una época extremadamente lejana, unos diez millones de si-

glos hace, pues la evolución de la vida terrestre ha gastado mucho más tiempo para hacerse de lo que se supone, el sol emitía más radiaciones ultravioletas que en la actualidad. Además, los sedimentos eran bastante raros, pues las rocas cristalinas formaban la mayor parte de los fondos de los océanos y por lo mismo debían de ser mucho más radioactivas que al presente. Bajo la acción de estas fuerzas físicas sobre las aguas cargadas de sustancias minerales y de ácido carbónico y en condiciones desconocidas todavía, no tiene nada de inverosímil que hayan nacido sustancias orgánicas coloidales, sistemas complejos de albuminoides y a costa suya, protoplasmas, gérmenes vivos.

Llevados por las corrientes hacia otros fondos recubiertos por sedimentos protectores, estos gérmenes han evolucionado entonces al abrigo de radiaciones peligrosas. Así es como probablemente habrán empezado en los mares antiquísimos el reino de los protozoofitos microscópicos, esos seres extraños celulares mixtos que no eran ni animales ni plantas y de los que han salido por vía diferencial el reino animal y el reino vegetal.

Pero ¿en qué época ha hecho el hombre su apari-

ción en la tierra? ¿Ha sido en la época cuaternaria o en la época terciaria?

Sabido es que las épocas geológicas están caracterizadas por los depósitos sedimentarios que han abandonado los mares, las aguas de los ríos, y que se han superpuesto unos sobre otros, formando terrenos, cubiertos los más antiguos por los más modernos, cuando su orden no es trastornado por los movimientos de la corteza terrestre.

El conjunto de las capas geológicas ha sido estimado en más de setenta kilómetros de espesor. No se encuentran huellas de fósiles de seres vivos más que en la última mitad, pues la primera ha recriсталizado bajo la acción del metamorfosismo, lo cual ha borrado completamente los primeros restos de la vida.

En la segunda mitad, después del arqueano, se cuentan treinta kilómetros para los terrenos primarios, seis kilómetros para los terrenos de la época secundaria, cuatro para los de la terciaria y doscientos metros para los terrenos cuaternarios, los últimos formados.

Desde la aparición de los primeros océanos y, probablemente de los primeros seres vivos, esos fenóme-

nos de sedimentación han exigido un tiempo incalculable, aproximadamente unos quince millones de siglos. Durante este largo período, la evolución del reino animal y del reino vegetal ha preparado el advenimiento tardío de los mamíferos en los terrenos terciarios. Como nosotros pertenecemos a ese grupo, el hombre no ha podido aparecer antes.

A pesar de todos los trabajos de busca e investigación, no se han encontrado todavía huellas ciertas de su existencia antes del comienzo de la época cuaternaria, lo cual no quiere decir que la humanidad no haya existido en el terciario, y no falta quien sostiene que es muy posible que en alguna parte de Asia haya existido un ser en posesión ya de los principales atributos físicos y psíquicos de los Homínidos, en el terciario, durante el plioceno y quizás en el mioceno, hace algunos centenares de millones de años, o tal vez de siglos...

Así, pues, sobre los comienzos de la evolución de la humanidad no sabemos nada. Hacía largo tiempo que existía cuando, en los últimos períodos glaciares de la época cuaternaria, encontramos de nuevo los huesos de algunas razas primitivas cuyos restos ofrecen una mezcla singular de caracteres humanos y

de caracteres simios, como los de la famosa mandíbula de Heidelberg y un poco más tarde los cráneos y los esqueletos de la raza de Neanderthal.

Estas razas fueron reemplazadas en seguida por otras más adelantadas en la evolución en las que los caracteres simiescos han desaparecido, tales como la raza negroide de las grutas de Grimaldi, y luego la bella raza blanca del Cro-Magnon. Al final del pleistoceno, aparece otro tipo, del que sólo conocemos un ejemplo, el de Chancelade, cerca de Perigueux (Francia).

Llegamos por fin a las proximidades de la época protohistórica en que la humanidad ha adquirido en Europa la mayor parte de los caracteres que posee hoy. Numerosos invasores provenientes de Asia penetran en Europa, y mejor armados rechazan hacia el Norte o hacia el Sur a los descendientes de la raza de Cro-Magnon, con los cuales se unirán más tarde. Estos invasores representan las razas neolíticas.

Durante los miles de siglos que han durado estos acontecimientos, la vida, las industrias, las artes de esos hombres prehistóricos han evolucionado mucho.

Se han distinguido dos períodos: el de la piedra tallada y el de la piedra pulida, o neolítico.

La época paleolítica abraza casi todos los tiempos cuaternarios. Su duración es enorme. Los prehistoriadores, por la naturaleza y la localidad de los objetos descubiertos, han establecido siete divisiones industriales que no concuerdan siempre con las basadas en la fama y los diversos períodos glaciares e interglaciares.

En el período llamado "magdaleniano" (de la Madelaine, Bordogne, Francia) es sobre todo cuando con la raza de Cro-Magnon ha alcanzado la civilización cuaternaria paleolítica su apogeo. A pesar de los rigores del clima, comparable al de la Laponia actual, aquellos hombres prehistóricos habían llegado a ser diestros cazadores y hábiles obreros. Con huesos de reno fabricaban sierras, punzones, agujas, cucharas, arpones, bastones de mando y mil instrumentos y utensilios más. En ese momento es cuando nacen las artes.

Esta notable civilización fué reemplazada en seguida por la de los invasores de la época llamada neolítica, que menos artistas, trabajaban con mucha habilidad las rocas más duras. Fabricaban cacha-

rros, vaciaban troncos para hacer piraguas y construían, al borde de los lagos o de los ríos, ciudades sobre postes. Conocían los rudimentos de la agricultura, y cultivaban plantas textiles y cereales, y plantaban árboles frutales. Tenían un culto particular por sus muertos, que enterraban en cámaras sepulcrales conocidas con el nombre de dólmenes, etc.

De la edad de la piedra pulida pasamos a la del bronce que nos aproxima al período protohistórico de hace cinco o seis mil años.

Todo esto está sabido y averiguado, pero ¿de dónde provienen los hombres?

El origen de la humanidad se pierde en la noche de los tiempos. Nos son desconocidos los restos de los primeros hombres. Sin embargo, algunos descubrimientos recientes como los de la mandíbula de Heidelberg y del cráneo de Rodesia, nos orientan un poco, pues demuestran que ha existido un tipo humano bestial, que se aproxima mucho a los grandes monos antropomorfos. Por fin, el hallazgo del Pitecantropo nos ofrece un eslabón que une el hombre a los antropoides.

Apoyándose en todos los datos de la embriogenia, los lazos de parentesco se precisan actualmente con

una tal evidencia que el número de los naturalistas retrógrados que los niegan por razones anticientíficas disminuye más cada día.

Este problema sólo tiene dos soluciones posibles: una es que el primer ser humano descende en línea recta de los monos antropomorfos; la segunda es que los monos y el hombre han salido de un tronco común que es preciso encontrar. Casi todos los naturalistas más eminentes de nuestra época se inclinan por esta segunda concepción.

Así se expresa la ciencia clásica; veamos a estas teorías las que opone la Nueva Filosofía.

Y así como ahora nos hemos valido de plumas ajenas para la exposición de esas hipótesis, de plumas ajenas nos valdremos para su impugnación.

## II

### LA EVOLUCIÓN

Dificultades que ofrece la filosofía de la evolución. — Las nociones clásicas de causalidad y de modalidad. — Las hipótesis «lamarckiana» y «darwiniana». — Las dificultades que ofrece el transformismo clásico. — Examen de esas dificultades. — La teoría darwiniana — La teoría lamarckiana. — El neolamarckismo. — Las diversas hipótesis respecto a él.

## CAPITULO II

### La Evolución

En un libro reciente, o al menos llegado recientemente a América, encuentro una teoría sobre la evolución, que casi conforme con los principios en que se informa la Nueva Filosofía, creo útil para el estudiante de esa Filosofía, dársela a conocer en estas líneas, traduciendo literalmente lo que el malogrado escritor francés decía, apuntando certeramente, a los puntos vulnerables de la concepción clásica de la Evolución, para dar como final la solución que parece reclamar el pensamiento moderno. Dice el sabio doctor:

“Si la evolución, considerada en su conjunto, constituye hoy una de las grandes hipótesis científicas mejor establecidas, no deja de presentar, en su sistematización y en su filosofía, serias dificultades.

El mismo principio del evolucionismo, basado so-

bre las pruebas capitales extraídas de las ciencias naturales, desafía toda refutación intentada de buena fe.

Por el contrario, en la doctrina transformista enseñada hasta el presente, tiene bastantes puntos débiles, bastantes lagunas sobre las cuales especulan sus adversarios. No pudiendo, o no osando atacar al evolucionismo de frente, procuran y esperan obtener su triunfo, atacándole en embosecada.

No sería sólo pueril, sino que sería peligroso, desde el punto de vista filosófico, negar o disimular esos puntos débiles y esas lagunas. Importa, por el contrario, ponerlos al descubierto y buscar su razón de ser y su explicación.

Las objeciones hechas a la evolución, lo repito, no son objeciones de principio, no se contraen al hecho mismo de la evolución. Sin embargo, son formidables, porque bambolean los dos pilares sobre que se basa el transformismo; son a saber: las nociones clásicas de causalidad y de la modalidad.

Todo el mecanismo de la evolución se halla en nuestros días sujeto a revisión. Ese mecanismo, como es sabido, surgía de dos grandes hipótesis: la *Darwiniana* y la *Lamarckiana*.

La hipótesis darwiniana atribuye un papel esencial a la selección natural, esto es, a la supervivencia de los más aptos en la lucha de la vida; y los más aptos son aquellos que se distinguen de sus congéneres por ventajas físicas o psicológicas con relación a las necesidades vitales ambientes aparecidas en ellos por azar.

La hipótesis lamarekiana concedía un papel capital a la influencia del medio, al uso o desuso de los órganos, a la necesidad creadora de nuevas funciones y de nuevos órganos.

Estas dos causas clásicas, perfectamente conciliables, y hasta complementarias la una de la otra, implicaban necesariamente la noción de modificaciones lentas, insensibles e innumerables, para la formación progresiva de las diversas especies, desde las formaciones primitivas y elementales hasta el hombre.

A estas dos hipótesis generales se han agregado en nuestros días innumerables teorías secundarias, destinadas, sea a establecer las leyes particulares, tales como las de la herencia, sea a combatir las objeciones, sin cesar renovadas y multiplicadas, que el aná-

lisis riguroso de los hechos aportaba a la concepción clásica del transformismo.

Entre estas teorías, unas se refieren al darwinismo, otras al lamarkismo y otras eclécticamente a los dos sistemas. Unas no contienen sino explicaciones puramente mecánicas; otras se elevan a concepciones dinámicas y algunas, en fin, avanzan sobre el dominio metafísico.

Sobre todas ellas se formula el mismo juicio en conjunto: dan pruebas de una ingeniosidad prodigiosa y de una impotencia más prodigiosa todavía.

No discutiré ni esas teorías ni su pretendida explicación de las dificultades del transformismo.

Los innumerables argumentos en pro y en contra del transformismo, en pro y en contra del naturalismo clásico, mientras sean de orden secundario no pueden darnos ninguna convicción ni ninguna conclusión.

Fiel al método que antes expuse, dejaré a un lado esos argumentos de detalle, trataré tan sólo inmediata y directamente, en las dificultades esenciales y primordiales, es decir, en las únicas dificultades reales del transformismo. Poco importan las imperfecciones secundarias del edificio naturalista, se trata

de ver si el cuerpo del mismo edificio, su armazón y su bóveda son sólidos o débiles.

Las dificultades capitales del transformismo clásico son en número de cinco. Véase la enumeración:

1.º Los factores clásicos son impotentes para dar a comprender el origen de las especies.

2.º Los factores clásicos son impotentes para dar a comprender el origen de los instintos.

3.º Los factores clásicos son incapaces para explicar las transformaciones bruscas, creadoras de nuevas especies.

4.º Los factores clásicos son incapaces para explicar la "cristalización" inmediata y definitiva de los caracteres de las nuevas especies o de los nuevos instintos y el hecho de que estos caracteres en sus grandes líneas se adquieren muy rápidamente y una vez adquiridos, quedan inmutables.

5.º Los factores clásicos son impotentes para resolver la dificultad general de orden filosófico relativa a la evolución que, de lo simple, hace surgir lo complejo y de lo menos lo más.

Estudiemos sucesivamente estas cinco dificultades esenciales.

No es difícil hacer resaltar que ni la hipótesis

darwiniana, ni la lamarekiana pueden dar a comprender el origen de los caracteres constitutivos de una nueva especie.

Examinemos, primero, la hipótesis darwiniana.

La selección natural, considerada como factor esencial del transformismo, choca con grandes objeciones de principio y de hecho. Es inútil discutir las todas porque basta una sola, la más grave, para demostrar la impotencia del sistema. Hela aquí:

Para que una modificación cualquiera sobrevenga en las características de una especie o de un individuo, den a la especie o al individuo una ventaja apreciable en la lucha por la vida, hace falta irremisiblemente que esa modificación sea lo bastante marcada para que resulte útil.

Un órgano embrionario, una modificación en el estado de esbozo sólo, aparecidos por azar en un ser o en un grupo de seres, no les pueden ser de ninguna utilidad práctica ni les puede proporcionar ninguna ventaja.

El pájaro proviene del reptil. Luego, un embrión de ala aparecido por azar en el reptil ancestral, no se sabe por qué ni cómo, no podía dar al tal reptil la capacidad ni las ventajas del vuelo ni le propor-

cionaba ninguna superioridad sobre los otros reptiles, desprovistos de ese rudimento inutilizable.

Es, pues, imposible atribuir a la selección natural el paso de reptil a pájaro.

El batracio proviene del pez. Esto no es dudoso, puesto que vemos renovarse esa evolución durante la vida del renacuajo, por una serie de cambios sucesivos que perfeccionan el corazón, hacen aparecer los pulmones y dan nacimiento a las patas, etc.

Pero un esbozo de patas y de pulmones, no darían ninguna superioridad al pez que las poseyera. Para tener una ventaja sobre sus congéneres es indispensable que su corazón y sus órganos locomotores estén ya suficientemente desarrollados para permitirle vivir fuera del agua, como lo hace una vez terminada esta evolución y sólo entonces, el renacuajo.

Las transformaciones embrionarias del insecto son todavía más sorprendentes. Hay tal abismo entre la anatomía y la fisiología de la larva y las del insecto perfecto, que es evidentemente imposible hallar en la selección natural la explicación de la evolución ancestral.

Comprendiendo todo el valor de la objeción, cier-

tos neodarwinianos no han vacilado en recurrir a la teoría lamarckiana de la influencia del medio ni en atribuir el origen de las modificaciones creadoras de nuevas especies a una asociación de la influencia del medio con la selección.

Esta teoría, denominada de la selección orgánica, que fué formulada por Baldwin y Osborn, en América, y por Lladly Morgan en Inglaterra, puede resumirse de este modo:

Si la variación aparecida por azar coincide o concuerda con una variación idéntica debida a la influencia de las condiciones ambientes, esta variación queda amplificada por esa doble influencia. Desde entonces podrá ser bastante profunda para dar valor a la selección.

“Si la variación innata no es bastante en un principio para proporeionar alguna ventaja, y si es la adaptación ontagenética la que, en la constitución definitiva del animal, desempeña el más importante papel, esta adaptación se produce, lo mismo en los individuos que presentan la variación innata en cuestión, que en aquellos que están desprovistos de ella.

Ahora bien, el complemento aportado a la modificación general, ¿bastará para asegurar la supervivencia de unos en detrimento de otros? Es muy probable que no, porque, de otro modo, esta modificación sería suficiente por sí sola.”

Puede hacerse a la teoría una objeción más categórica aún. Admitiendo incluso que la modificación original sea amplificada y duplicada, hasta triplicada si se quiere, no pasará de ser una pequeña modificación y no explicará jamás la aparición de ciertas formas de vida, tales como la forma pájaro. Un embrión de ala, por exuberante que fuera, no deja de ser un embrión inutilizable que no podía dar ninguna superioridad al reptil ancestral.

En realidad, esta teoría de la selección orgánica no adicionaba nada a la doctrina lamarckiana que vamos a estudiar ahora.

Según esta teoría, es la adaptación a un nuevo medio la que originó nuevas especies. El origen de la modificación creadora no es debida al azar, sino a la necesidad. El desarrollo ulterior de los nuevos órganos característicos, proviene del uso repetido de esos órganos, y su atrofia, de la falta de uso.

También se produce, por series de adaptaciones, series de variaciones correspondientes, al principio mínimas, pero que por la acumulación, operan las principales transformaciones.

Los sistemas de Cope y de Packard en América y de Giard y Le Dantec en Francia son sistemas lamarkianos.

Packard ha resumido en las líneas siguientes cuáles son, a su juicio, las causas de las modificaciones:

El neolamarckismo reúne y reconoce los factores de la escuela de Saint Hilaire y de Lamarck, como conteniendo las causas más fundamentales de la variación a las que agrega el aislamiento geográfico o la segregación (Wagner y Gulick), los efectos de la gravedad de las corrientes de aire y de agua, del género de vida, fijo, sedentario, o, por el contrario, activo, los resultados de tensión y de contacto (Pawder, Cope y Osborn), el principio del cambio de función como conduciendo a la aparición de nuevas estructuras (Dohrn), los efectos del parasitismo, del comensalismo y de la simbiosis, en una palabra, del medio biológico, así como de la selección natural, de la sexual y de la hibridez." En suma, todos los factores primarios concebibles.

Cope se esforzó especialmente en hacer comprender la aparición de las modificaciones por la acción de los factores primarios. Atribuye las variaciones a dos causas esenciales: a la acción directa del medio ambiente de todos los factores enumerados antes, a lo que da el nombre de fisiogénesis, como primero, y a la influencia del uso o no uso de los órganos y de las reacciones fisiológicas que se producen en el ser respondiendo a las excitaciones del medio ambiente, como segunda. A esta última la denomina cinetogénesis.

Esta segunda causa sería capital, y Cope hace resaltar su importancia para el estudio de la paleontología. Los ejemplos que expone en apoyo de su tesis, son innumerables. Uno de los más conocidos es la formación del pie, por adaptación a la carrera, de los cuadrúpedos, plantigrados, y sobre todo digitigrados, con la reducción progresiva tan característica de número de dedos en estos últimos (el caballo, por adaptación a la carrera no posee más que un dedo, el medio, muy hipertrofiado y terminado por una espesa capa córnea, y dos metacarpianos rudimentarios, accesibles solamente por la di-

sección; pero la reducción del número y del volumen de los dedos laterales se ve efectuar en las series evolutivas de sus ancestrales).

La formación de las articulaciones del pie y de la mano de los mamíferos es, igualmente, típica.

“La del pie, que es muy resistente, presenta dos salientes del astrágalo, primer hueso del pie, entrando en dos fosas correspondientes de la tibia, y un saliente de este último hueso penetrando en una fosa del astrágalo. Esta estructura no existe aún ni en los vertebrados inferiores, como los reptiles, ni en los mamíferos ancestrales de cada una de las grandes ramas actuales; se ha formado poco a poco gracias a cierto modo de moverse y a cierta actitud del animal.

“Las paredes externas de estos huesos, por estar formadas de materiales más resistentes que sus partes centrales, debieron dar lugar a un proceso de este tenor: El astrágalo es más estrecho que la tibia que reposa sobre él: por lo tanto, las partes periféricas del primer hueso, más resistentes, se hallaban en presencia, no de partes igualmente resistentes del segundo, sino de sus partes relativamente depresibles,

y éstas, sometidas a presión constante sufrieron cierta reabsorción de su substancia y se formaron las dos fosas correspondientes a los dos bordes del astrágalo. Esto mismo se produciría si uno dispusiera de igual modo cualquiera materia inerte más o menos plástica, y ejerciera sobre ella presión continua.

“La fosa del medio del borde superior del astrágalo, obedece a una causa del mismo género. Aquí el extremo inferior de la tibia, relativamente poco resistente, reposa sobre una región también poco resistente del astrágalo, y su acción es de continuas sacudidas. La consecuencia de tales sacudidas debió hacer tomar a las partes maleables del hueso la forma indicada por la gravedad: una protuberancia en lo alto y una excavación en lo bajo: exactamente lo que se ha producido en la tibia y el astrágalo. Desde la época terciaria hasta nuestros días podemos seguir la formación de esta articulación, primero un astrágalo plano (en el *Periptychus rhabdodon* de México, por ejemplo); luego una pequeña concavidad que se acentúa poco a poco para formar una verdadera fosa (en el *Poebrotherium labiatum*

del Colorado), y en fin, una protuberancia penetrando en una concavidad de la tibia viniendo a completar esta articulación (la que aparece en el *Prothippus sejunctus*, antepasado del caballo actual).” (Citado por Delage y Goldsmith.)

Sin embargo, Cope no se limita a estas concepciones mecánicas; admite, en la evolución, una especie de energía de crecimiento mal determinada, que denomina “bathmismo”; energía que se transmitiría por las células germinales y constituiría un verdadero dinamismo vital. El dinamismo vital solamente puede hacer comprender cómo la función crea el órgano.

Le Dantec, que sostiene igualmente la doctrina lamarckiana, por el contrario, permanece fiel al mecanismo puro y basa la evolución sobre lo que llama “la asimilación funcional”. Según este sistema, la substancia viva, lejos de desgastarse y de destruirse por su funcionamiento como sostienen los fisiólogos de la escuela de Claudio Bernard, se desarrolla, se desenvuelve por ese mismo funcionamiento. Lo que desgasta el uso son, simplemente, los materiales de reserva, tales como la grasa, el azúcar, los teji-

dos, etc.; pero la materia viva tal como la del músculo, por ejemplo, crece con el uso.

Gracias a esta “asimilación funcional” se obtienen la adaptación al medio y la progresión consecutiva.

Expuestas hasta aquí las dos teorías capitales sobre la evolución, veamos ahora cuál es su verdadero valor.

III

LA EVOLUCIÓN

*(Continuación)*

Examen crítico de las teorías de Darwin y Lamarck. — Sus puntos vulnerables. — Ni una ni otra explican satisfactoriamente la aparición de las especies. Las teorías de Pauly y Noegeli. — Los instintos. — Algunos ejemplos. — Los factores clásicos no explican los instintos. La adaptación y la selección no pueden ser factores esenciales de ellos.

### CAPITULO III

## La Evolución

*(Continuación)*

Examinemos ahora las teorías de Darwin y de Lanmarck.

Sea de ello lo que fuere, la doctrina lamarekiana es evidentemente mucho más satisfactoria que la doctrina darwiniana.

¿Lo es completamente? De ningún modo.

Puede explicar la aparición de una multitud de detalles orgánicos secundarios y de modificaciones más o menos importantes, tales como la atrofia de los ojos en el topo, la hipertrofia del dedo medio en los équidos, o la estructura especial de las articulaciones de la piel; pero es indudablemente falsa como teoría general, porque es impotente para hacernos comprender los hechos más importantes.

No explica aquellas grandes transformaciones que

hemos examinado al hablar de la hipótesis darwiniana.

En presencia de las grandes transformaciones, el lamarkismo es tan impotente como el darwinismo, porque estas transformaciones implican cambios radicales y por decirlo así, inmediatos y no una acumulación de modificaciones mínimas y lentas.

El paso de la vida acuática a la vida terrestre y de la vida terrestre a la vida aérea, no puede ser considerando en modo alguno como el resultado de una adaptación.

Las especies primitivas, adaptadas a medios muy especiales, no tenían ninguna necesidad de cambiar de ellos y aun cuando hubieran sentido esa necesidad no hubieran podido satisfacerla.

¿Cómo el reptil, antepasado del ave, hubiera podido adaptarse a un medio que no era el suyo, ni podía ser el suyo, sino después del paso de la forma reptil a la forma de pájaro?

Antes de tener alas, útiles, no embrionarias, no podía aspirar ni adaptarse a una vida aérea.

Idéntico razonamiento es de aplicación asimismo al paso del pez a batracio.

Pero donde la imposibilidad de las transformacio-

nes por adaptación parece más evidente, es en la evolución del insecto. No hay ninguna relación entre la biología de la larva, representante, por lo menos en cierta medida, del estado primitivo del insecto ancestral, y la biología del insecto perfecto; no se llega a concebir que por las misteriosas series de adaptaciones, un insecto, habituado a la vida larvar, bajo tierra o en el agua, haya podido llegar progresivamente a dotarse de alas por una vida aérea que le estaba vedada y le era sin duda desconocida.

Además, cuando se reflexiona que esas series misteriosas de adaptaciones han podido realizarse, no una vez por excepción y como por una especie de "milagro natural", sino tantas veces como géneros de insectos alados hay, se abandona toda esperanza de relacionar la aparición de sus especies a los factores lamarkianos, como se abandona la idea de atribuirlos a los factores darwinianos.

Esto es la evidencia misma. El propio Plate comprendió la imposibilidad de esas transformaciones formidables por la adaptación y dijo: "Por el hecho mismo de que un animal pertenece a cierto grupo, las posibilidades de variación se hallan restrin-

gidas, y en muchos casos, reducidas a límites muy estrechos.”

Así, pues, lamarekismo y darwinismo son igualmente impotentes para dar una explicación general, adaptable a todos los casos de la aparición de las especies.

Si la mayor parte de los transformistas no lo comprenden aún, no falta un cierto número que lo confiesa y se esfuerza en hallar el valor evolutivo superior capaz de suprimir las dificultades inherentes al naturalismo clásico.

Ciertos neolamarekianos, por ejemplo, tales como Pauly, atribuyen a los elementos del organismo mismo, a los vegetales y a los minerales una especie de conciencia profunda que puede ser el origen de todas las adaptaciones: algo, en todos los grados de la escala evolutiva, como un esfuerzo continuo y volitivo de adaptación.

Nøegeli es más categórico aún. Según él, los organismos comprenden dos clases de plasmas: el plasma nutritivo, propio de todas las especies y no diferenciado, no especificado, y el plasma específico o ideoplasma.

Este ideoplasma contendría en sí, no solamente

los hacecillos “miceliens” que lo caracterizan, sino también una tendencia evolutiva interna, con todas las capacidades, todas las potencialidades de transformación y de perfeccionamiento. Esta potencialidad habría existido desde el primer origen de la vida en las primeras formas vivas. Los factores exteriores no harían desde entonces sino facilitar la adaptación; pero serían incapaces por sí solos de provocar la evolución.

No actuarían sino para ayudar, para favorecer y someter a su ritmo particular esta evolución.

Estas concepciones de Nøegeli son sumamente interesantes. En último término, llevan a la conclusión de que la evolución se ha efectuado, no por la influencia del medio, sino conforme a esa influencia.

La adaptación aparece en todos los casos como una consecuencia, alguna vez como factor de complemento; nunca como causa esencial y suficiente.

A esta conclusión conduce necesaria y evidentemente el examen imparcial de las modificaciones creadoras de las especies. Pero semejante concepción es absolutamente contraria al naturalismo clásico.

Los instintos de los animales, como se sabe, son tan innumerables como maravillosos. Tienen el ca-

rácter común de permitir al animal obrar espontáneamente, sin reflexión lógica, sin vacilaciones ni tanteos y de alcanzar el objeto perseguido con una seguridad que no puede pretender ni el razonamiento, ni la educación, ni la costumbre.

Gracias al instinto, el animal de una especie dada obra siempre de acuerdo con el genio de la misma especie, algunas veces de modo complicadísimo, con miras al ataque, a la defensa, a su nutrición, a su reproducción.

El instinto esencial es idéntico para todos los individuos de una misma especie y parece tan difícilmente variable como la especie misma. Constituye una característica psíquica tan suya como su característica física.

Por lo mismo el origen de los instintos no es más explicable por la selección natural o por la influencia del medio, que la formación de las especies.

En el insecto es donde puede observarse mejor el instinto en toda su pureza. Fabre elevó un monumento imperecedero a su estudio, y a sus trabajos precisa acudir para comprender el carácter de variedad, de complejidad y de seguridad de los ins-

tintos al mismo tiempo que la imposibilidad de explicarlos por las nociones clásicas.

Yo me limitaré, naturalmente, a algunos ejemplos. Véase el del "Sitarís", citado como uno de los más notables por M. Bergson:

"El "Sitarís" deposita sus huevos a la entrada de las galerías subterráneas, que construye una especie de abeja, la anthephore. La larva del Sitarís, después de una larga espera, acecha al anthephore macho cuando sale de la galería, se aferra a él y permanece unido hasta el vuelo nupcial. En este instante aprovecha la ocasión para pasar del macho a la hembra, y espera tranquilamente a que ésta ponga sus huevos. Entonces salta sobre el huevo, que le servirá de sostén en la miel, devora el huevo en algunos días, e instalada en la cáscara, sufre su primera metamorfosis.

"Organizada ahora para flotar sobre la miel, se convierte en ninfa, y más tarde en insecto perfecto. Todo ocurre como si la larva del Sitarís, desde su eclosión supiera que el anthephore macho saldrá de la galería, primero; que el vuelo nupcial le proporciona el medio de cabalgar sobre la hembra; que esta le conducirá a un depósito de miel capaz de ali-

mentarle cuando se haya transformado, y que hasta esta transformación ella habrá devorado poco a poco el huevo del anthopore, consiguiendo a un mismo tiempo alimentarse, sostenerse en la superficie de la miel y suprimir al rival que nacería del huevo. Y todo ocurre, igualmente, como si el Sitaris mismo supiera que su larva se halla enterada de todas estas cosas.

Otro ejemplo clásico es el de los himenópteros cazadores.

La larva de estos insectos necesita una presa inmóvil y viva; inmóvil, porque de otro modo podría poner en peligro, con sus movimientos defensivos, el huevo delicado, y viva porque la larva fijada en una de las partes de su cuerpo no puede nutrirse de cadáveres.

Para realizar ese doble desiderátum necesario a su larva, el himenóptero debe paralizar a la víctima sin matarla.

Esto requeriría por parte del insecto, si obrara con reflexión, una ciencia y una habilidad prodigiosas. Primero para dosificar su tremendo veneno de tal suerte que vertiera el estrictamente necesario para inmovilizar y no matar. Después, sobre todo,

necesitaría poseer un conocimiento profundo de la anatomía y de la fisiología de la víctima, e igualmente una seguridad de acción infalible para herir al primer golpe y sin yerro, porque la víctima es frecuentemente más fuerte que el agresor y se halla vigorosamente armada.

El aguijón emponzoñado, pues, ha de dirigirse con acción certera sobre los centros de los nervios motores, solamente allí, y ha de herir una, dos o más veces, según el número o la concentración de los ganglios nerviosos. Esta operación difícil y arriesgada el insecto no la ha aprendido. Cuando el himenóptero rompe su cáscara y sale de bajo tierra, sus padres y sus predecesores hace ya mucho tiempo que no existen, y él mismo desaparece sin conocer a su descendencia ni a sus sucesores. El instinto no puede, pues, haber sido transmitido por reeducación ni por ejemplos. Es innato.

¿Cómo explicar, por los factores clásicos de la evolución, el origen de este instinto?

El instinto, nos dicen, no es más que un hábito adquirido poco a poco y transmitido por herencia.

Fabre se ha esforzado en demostrar la imposibilidad de esta concepción: "Una "ammophile", en un

pasado muy remoto, habría alcanzado, por azar, los centros nerviosos de la oruga y, satisfecha de la operación, tanto por ella, librada de una lucha, no sin riesgo, cuanto por su larva, aprovisionada de un alimento fresco lleno de vida y, con todo, inofensivo, habría dotado a su raza, por herencia, de una propensión a repetir la ventajosa táctica. El don maternal no habría favorecido por igual a todos los descendientes... puesto que sobrevino la lucha por la existencia...; sucumbieron los débiles, los fuertes prosperaron, y de una a otra edad, la selección, por la concurrencia vital, transformó la impresión fugitiva al principio, en impresión profunda, imborrable, traducida por el instinto sabio que admiramos hoy en el himenóptero."

Que la selección (hipótesis darwiniana), o el uso repetido en los instintos (hipótesis lamarekiana), hayan podido reforzar los instintos, y perfeccionarlos, cabe en lo posible y es hasta probable; pero ni la una ni la otra hipótesis, según Fabre, pueden explicar el origen del instinto.

Ni el azar ni la necesidad pueden hacer comprender cómo, en el insecto primitivo, del primer aguijonazo, sin tanteos pudiera hallarse el ganglio ner-

vioso requerido para paralizar y no matar a la oruga. En efecto: "No había razón para justificar la selección. Los golpes de dardo debían dirigirse a la faz superior de la presa hecha, al flanco, a la parte delantera, a la trasera..., y esto indistintamente según las circunstancias de la lucha cuerpo a cuerpo...¿ Cuántos puntos de ataque ofrece un vermes gris en su superficie y en su interior? El rigor matemático respondería: una infinidad."

Sin embargo el aguijón debe herir al primer golpe e infaliblemente: "El arte de proporcionar provisión a la larva únicamente admite maestros y no tolera aprendices. El himenóptero debe rematar del primer golpe, o no empezar; nada de términos medios; nada de alcanzar su propósito a medias." O bien la oruga es operada según todas las reglas, o la muerte del agresor y de su descendencia están decretadas. Y aun esto no es todo: "Admitamos que el punto conveniente es acertado; con ello no tenemos más que la mitad. Otro huevo es indispensable para completar la cópula futura y dar descendencia. Precisa, pues, que a los pocos días, a las pocas horas, un segundo golpe de estilete resulte tan acertado

como el primero. ¡Esto es el imposible repitiéndose y el imposible en segunda potencia!”

Estas conclusiones de Fabre han sido recientemente combatidas, como demasiado absolutas. Las investigaciones de los Marchal, de los Peckham, de los Pérez y de la mayor parte de los naturalistas, parecen demostrar que los instintos primarios son, por lo menos en los detalles, perfectibles y variables.

Pero la dificultad primordial, la del origen de los instintos primarios, no deja de persistir íntegramente. Aun cuando fuera posible referir a la acción de los factores clásicos la aparición de instintos primarios, el origen de tales instintos primarios es tan difícil de interpretar como el origen de las especies.

El instinto de utilizar el dardo emponzoñado pone sobre el tapete el mismo problema, exactamente, que el origen de ese dardo emponzoñado.

El órgano ni el instinto no pueden desempeñar una función útil como agentes de la adaptación o de la selección antes de estar lo suficientemente desarrollados o perfeccionados. Luego, para el instinto, como para las especies, la adaptación ni la selección no pueden ser factores esenciales y creadores.

## IV

LAS TRANSFORMACIONES  
BRUSCAS

La teoría de De Vries. — Las especies intermedias.—El testimonio del insecto, Prueba de que la causa de la evolución se halla en un dinamismo de la materia orgánica —No es posible la aparición espontánea de formas superiores a las originarias.—La forma primitiva llevaba en sí todas las potencialidades evolutivas. El papel de los factores clásicos es secundario.

#### CAPITULO IV

### **Las transformaciones bruscas**

El lamarekismo, como el darwinismo, imponen la concepción de modificaciones lentas, mínimas, innumerables, para la génesis progresiva de las especies.

Esta concepción, aceptada como un dogma, parecía estar al margen de toda controversia.

Cuando De Vries dió a conocer recientemente sus observaciones sobre lo que él llama las mutaciones, es decir, la aparición brusca de nuevas especies vegetales, sin formas de transición con las especies anteriores, se produjo la confusión y el desorden en todos los medios interesados en la filosofía naturista.

Se asistió durante algunos años a un espectáculo extraordinario.

Los hechos de mutaciones aportaban al transformismo la única prueba que le faltaba: la de la verificación experimental.

Sin embargo, se vió a transformistas esforzarse todo lo posible en restar importancia a los hechos nuevos y al alcance de la nueva teoría y, por el contrario, adoptarla con entusiasmo a adversarios sinceros, imaginándose unos y otros que el desplome de las doctrinas clásicas traería emparejado el derrumbamiento de la idea evolucionista.

Le Dantec, en su libro *La crisis del transformismo*, se expresa así: "Una teoría nueva, basada sobre experiencias comprobadas, ha visto la luz de estos últimos años y alcanza numerosos adeptos en el mundo de las ciencias naturales. Ahora bien: esta teoría llamada de las mutaciones, de las variaciones bruscas, es la negación del lamarckismo; casi diría que es la negación del mismo transformismo." En efecto, agrega, "para la filosofía, el transformismo es el sistema que explica la aparición progresiva y espontánea de mecanismos vivientes, maravillosamente coordinados, como el del hombre y el de los animales superiores".

Veremos más adelante que la aparición espontánea de seres vivientes es una imposibilidad filosófica. En cuanto a la aparición progresiva de estos seres, en nada la niega la teoría de las mutaciones.

Tan sólo el mecanismo hipotético, la génesis su- puesta de las transformaciones progresivas son los que se hallan en oposición formal con los hechos nuevos.

Le Dantec y los naturalistas de su escuela que identifican el transformismo con los factores clásicos, son, hasta cierto punto, lógicos, cuando se esfuerzan en restringir lo más posible el dominio de las mutaciones; pero la evolucionista pura no tiene nada que temer de los nuevos descubrimientos, sino todo lo contrario, como procuraré demostrar más adelante.

Además, Le Dantec se queda solo, o poco menos, en su punto de vista, cuando afirma que las mutaciones sólo afectan a los caracteres secundarios, en general, de los caracteres ornamentarios, "dejando intacto el patrimonio de la herencia".

Desde las experiencias de Vries se han dado a luz muy numerosas observaciones y la importancia capital de las mutaciones no ha sido negada ni es negable.

El único punto que queda por discutir es el de saber si las mutaciones constituyen en la evolución la regla general o la excepción.

De Vries admite netamente que las transformaciones bruscas son la regla para los vegetales; y quizá De Vries tenga razón.

En efecto: si se examina de cerca toda la historia de las transformaciones en la escala evolutiva, se advierte que la teoría de las mutaciones halla en todos lados una copiosa confirmación.

Variedades que saltan a la vista, aun cuando uno no las quiera ver o las escamotee inconscientemente, son revisadas por un examen atento.

Estas verdades fueron proclamadas antes por grandes naturistas, tales como Geoffroy Saint-Hilaire; pero no triunfaron, y la tesis de las transformaciones lentas no halló contradictor hasta los trabajos de Vries.

Basándose sobre las teorías de las mutaciones, Cope ha reanudado el estudio de las formas fósiles, especialmente de las formas fósiles de batracios y mamíferos de América, y no ha necesitado esforzarse mucho para demostrar la probabilidad de sus variaciones progresivas por saltos.

El fácil, además, según los documentos paleontológicos que constituyen los "archivos de la creación",

comprobar la aparición, siempre brusca en apariencia, de las principales grandes especies.

Batracios, reptiles, aves y mamíferos aparecen de repente en los terrenos geológicos, y, una vez aparecidos parecen adquirir muy pronto los caracteres completos que luego conservan íntegramente, sin sufrir modificación esencial, en tanto que sus especies subsisten.

Sin duda la paleontología nos brinda formas de transición; pero estas formas son raras y, otra cosa más grave, más bien parecen especies intermedias que formas de transición.

Tomemos por ejemplo el *archeopteryx*, la más notable de las especies intermedias. Vemos un pájaro-reptil, un animal que tiene a la vez de reptil y de ave, pero su especie está bien determinada y bien especializada. El *archeopteryx* tiene la constitución del reptil; pero tiene también alas, alas bien desarrolladas, alas que le capacitan para el vuelo, alas de ave.

No se han hallado nunca reptiles provistos de alas embrionarias o en el estado de esbozo, en el principio de su desarrollo.

Lo que es verdad para el *archeopteryx*, lo es igualmente para todas las formas intermedias conocidas:

son formas bien determinadas, con caracteres especiales muy netos que permiten el uso de los órganos característicos de las especies.

Cuando la paleontología nos presenta bastante número de órganos rudimentarios, residuos de órganos degenerados e inútiles es de extrañar que no nos presente jamás órganos embrionarios y no utilizables todavía.

Parece, pues, perfectamente admisible que las transformaciones bruscas sean la regla en la evolución.

De todos modos es evidente que ni la selección natural, ni la influencia del medio, pueden explicar esas apariciones bruscas de especies nuevas.

Así lo reconoce Le Dantec, cuando escribe: "Una mutación que se produjera bajo mis ojos, sería un cercado del que no tendría la llave."

En efecto, que se trate de caracteres físicos o de instintos unos y otros aparecen inmutables. Pueden desenvolverse, o atrofiarse, o variar dentro de estrechos límites, mas sus cambios son siempre cambios de detalle, jamás de esencia.

Esta verdad había sido evidenciada hace ya tiempo por las investigaciones naturalistas y de Vries

le ha proporcionado el apoyo de la experimentación directa, que ha traducido en la ley siguiente: "Las nuevas especies se convierten inmediatamente en estables."

Aquí hay una nueva y formidable objeción al transformismo clásico.

Si las especies y los instintos aparecen bruscamente y se convierten inmediatamente en estables, la teoría de las transformaciones lentas bajo la influencia de la selección o de la adaptación queda definitivamente maltrecha como teoría general y esencial.

Ya no se buscará más, en la evolución, cambios mínimos pero continuados que conduzcan a la formación de nuevas especies, sino cambios considerables y bruscos que den lugar a la aparición rápida de esas especies, que quedan inmutables una vez aparecidas.

Esto equivale, para la filosofía naturalista, a una inmensa revolución.

\* \* \*

Las cuatro dificultades que acabamos de exami-

nar son de orden naturalista. Antes de pasar a la quinta dificultad, de carácter totalmente diferente ya que es de orden metafísico, ruego al lector que no se haya convencido con las demostraciones precedentes de la impotencia de los factores clásicos que detenga un momento su pensamiento sobre un testimonio preciso, irrefutable, que la Naturaleza parece haber puesto especialmente en evidencia, como para impedirnos perder la ruta. Este testimonio es el testimonio del insecto.

Basta fijar la atención en el insecto para comprender la nulidad de las teorías antiguas o modernas sobre la creación de las especies o sobre su evolución.

A la concepción de transformaciones perpetuas por variaciones lentas e infinitas, el testimonio del insecto opone su aparición desde las primeras edades de la vida terrestre, y, en todos los casos, la estabilidad esencial de sus especies una vez aparecidas.

A la concepción de la evolución por los factores clásicos de la selección y la adaptación el testimonio del insecto opone el abismo que le separa de su larva, abismo en el que se extravían sin remedio las teorías darwinianas o las lamarckianas. También opone el espectáculo desconcertante y maravilloso, para

estas teorías inexplicables, de sus instintos primarios.

A la concepción de la evolución continua e ininterrumpida por “asimilaciones funcionales” el testimonio del insecto opone sus transformaciones y sus metamorfosis, sus alteraciones progresivas o regresivas durante su vida larvar; y opone en la crisálida, sobre todo, increíble fenómeno de la histolisis, reduciendo la mayor parte de sus órganos a una papilla amorfa antes de las transformaciones eminentes.

Este testimonio estupefaciente nos enseña que ni las formidables modificaciones larvares ni la misteriosa histolisis en nada comprometen la mortología futura del insecto perfecto destruyendo todas las concepciones sobre la edificación del organismo como sobre las transformaciones de las especies.

El insecto nos ofrece también en toda su biología, como veremos, a un modo de símbolo de lo que es en realidad la evolución, nos prueba que la causa esencial de esta última no debe buscarse ni en la influencia del medio ambiente ni en las reacciones frente al ambiente de la materia orgánica, sino que reside en un dinamismo independiente, superior y directo de la materia orgánica.

Nos demuestra la evolución efectuándose, sobre todo, por un impulso interior bien diferente de la influencia ambiente, por un esfuerzo primordial cierto pero todavía misterioso y para el naturalismo clásico absolutamente inexplicable.

Y no es esto todo: el testimonio incomparable del insecto, a la par que pone en bancarrota las teorías naturalistas contemporáneas, contradice con igual vigor la antigua concepción creacionista y providencial.

En efecto, la característica capital del insecto desde el punto de vista psicológico es poseer el instinto casi puro, casi sin asomo ni sombra de inteligencia. Se ve que este instinto puro resistente a través de siglos se distingue por una ferocidad refinada formidable, sin equivalente en el resto de los animales y a la par perfectamente inocente.

Tal ferocidad sería si hubiera un creador responsable la obra pura, la obra inmaculada de ese creador del que la creación daría la imagen como un espejo...

Bien se ve que vale la pena estudiar al insecto y otorgar valor a su testimonio. Si este testimonio no hubiera sido tan desatendido se hubiera evitado a la

filosofía multitud de errores. Desgraciadamente, como dice Schopenhauer, “¡no se comprende el lenguaje de la Naturaleza porque es muy sencillo!”

Esta dificultad había sido totalmente desatendida o esquivada por el transformismo clásico. Y con todo es formidable.

La aparición espontánea de formas superiores a las formas originales es, pura y simplemente, una imposibilidad científica y una imposibilidad filosófica.

No se puede escapar el dilema siguiente: O la evolución no existe, o implica una inmanencia potencial la evolución del Universo.

Estando demostrada la evolución, debemos forzosamente admitir que todas las transformaciones progresivas complejas realizadas se hallaban en potencia en la forma o en las formas elementales primitivas.

Esto no quiere decir de ningún modo que la evolución, tal como se ha realizado, estuviera en germen en determinada forma primitiva como el ser vivo está en germen en el huevo que le da nacimiento.

La finalidad preestablecida, parece infinitamente poco probable.

Quiere decir simplemente que la forma primitiva tenía en sí todas las potencialidades; las que ha realizado, y las que no ha realizado en el pasado, en el presente ni en el futuro, pero que habría podido realizar.

¿Cuál es el papel que esta concepción filosófica asigna a los factores clásicos de la evolución?

Simplemente el de factores secundarios y accesorios.

Que han desempeñado su papel es evidente: han impuesto a la evolución un ritmo particular y lo han favorecido, pero no lo han producido.

En rigor se podría suponer la evolución realizándose sin la intervención de la selección o de la adaptación; lo que no se concibe es la evolución por su sola influencia.

Tal es la tesis que se impone incontrastablemente e inevitablemente.

De donde se deduce que el naturalismo clásico, después de un largo proceso, vanamente combatido en todos sentidos se halla reducido quiérase o no se quiera a tener que buscar la causa que pretendía eludir. Su impotencia confirmada para encontrar los

factores esenciales de la evolución, no le permiten escapar por la tangente.

Fiske decía que el transformismo había puesto en el mundo tanta "teología" como había quitado. Esta frase no es del todo exacta, porque implicaría una especie de finalidad que fijaría arbitrariamente, por anticipado, el sentido de la evolución.

Pero lo indudable, lo que resulta claro y evidente del examen profundo y concienzudo del transformismo es la conclusión siguiente: "El transformismo no puede prescindir de la filosofía."

Hasta aquí el autor y bien conocido escritor a que nos hemos acogido para darle al lector y al estudiante de la Nueva Filosofía una idea aproximada del estado que al presente se halla la cuestión.

En capítulos sucesivos veremos cómo la resuelven las enseñanzas teosóficas.

V

### LA FILOSOFÍA TEOSÓFICA

¿Qué es la filosofía?—La incomprensión de la vida es una tortura.—El hombre se ha aproximado a esa comprensión por tres caminos diferentes.—¿Cuáles son esos caminos?—El materialismo, el espiritualismo, el teosofismo.—Una cita de Proust.—Lo que la teosofía ve en el hombre.—El hombre es una inteligencia espiritual en un cuerpo.—Su evolución espiritual.

## CAPITULO V

### **La filosofía teosófica**

La Filosofía es una explicación de la vida, construída por el Espíritu y aceptada como verdadera por la Inteligencia. Sin una explicación que satisfaga a la razón, el hombre permanece inquieto y descontento. La incomprensión de la vida es una tortura para el pensador; no nos es posible reposar en un remolino de fuerzas y acontecimientos, en un hirviente caos que arrastra fragmentos que no pueden ser acomodados en un todo racional. El Espíritu exige imperativamente el orden, la sucesión, las conclusiones causales, el ritmo estable de los movimientos, la relación del pasado con el presente, del presente con el futuro.

Comprender es el instinto más profundo en el Espíritu del Hombre, y hasta que no consigue éste la comprensión no descansa. El hombre puede sufrir

pacientemente, luchar perseverantemente, resistir heroicamente, si siente en su interior un objetivo, y tiene delante de sí un fin. Pero si no ve el camino, si no conoce su fin, si es fustigado por causas que no comprende y combatido por fuerzas que se arremolinan impidiéndole salir de las tinieblas, entonces se rebela y lucha desatinadamente.

Los hombres han luchado para comprender los Misterios de la existencia, y se han aproximado a ellos por uno de los tres puntos de vista opuestos entre sí:

1.º Todo procede de la Materia, la Existencia es una, y ésta, debido a su energía inherente, produce todas las formas y da origen a través de ellas a la vida; como decía el profesor Tyndall en su famoso discurso de Belfort: "debemos ver en la materia la promesa y potencia de todas las formas de la materia". "El Pensamiento es el resultado de la actividad de ciertas disposiciones de la materia: el cerebro produce el pensamiento, decía Karl Vogt, como el hígado produce la bilis." Con la disolución de la forma la vida desaparece, y tan ocioso es preguntar dónde va esa vida como preguntar dónde va la llama cuando una lámpara se apaga. La llama era el

resultado de la combustión, y al cesar la combustión necesariamente ha de cesar la llama. Todas las filosofías materialistas se orientan sobre estas bases.

2.º Todo resulta del Espíritu, el alma pura, la Existencia Una, y la materia es una creación del Espíritu inducida en el pensamiento.

No existe realmente ninguna materia, no es más que una ilusión, y si el Espíritu se remonta por encima de esta ilusión, se encuentra libre, independiente, omnipotente. Si se imagina separado, está separado; si imagina objetos está rodeado de ellos; imagina el dolor y sufre; imagina el placer, y goza. Que se ahonde y penetre en sí mismo, todo el universo se desvanecerá como un sueño, y no dejará tras de sí ningún vestigio.

Todas las filosofías idealistas se basan en este punto de vista, más o menos alterado en su exposición.

3.º El Espíritu y la Materia son dos espectros de la Existencia Unica, o Todo, que nacen de Uno conjuntamente, unidos de modo tan inseparable durante la manifestación como la parte anterior y posterior del mismo objeto, sumergiéndose de nuevo en una unidad al fin de un período de manifestación.

En el Todo existe simultáneamente todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que será, en un Presente Eterno. En esta penitencia yérguese una Voz que es un Mundo, un Logos, Dios, manifestándose por sí mismo.

Ese *Mundo* separa del Todo estas Ideas cuando Él nos escoge y dispone dentro de Sí, según Su Voluntad; se limita por su propio pensamiento, creando de ese modo el "Ring-Pass-Not" del universo—existir—o el Sistema Solar, congerie de los Sistemas Solares, congerie de congeries, etc. Dentro de éste están las Ideas eternamente productoras del Movimiento incesante, que es la Unica Vida, dentro del Silencio, que es su opuesto y que lo contiene todo.

El Movimiento es la Raíz del Espíritu que, cuando se manifiesta es el Tiempo, o se transforma en consciencia; el silencio es la Raíz de la Materia o Eter omnipresente, inmóvil, que todo lo sostiene, que todo lo penetra, que al manifestarse es el Espacio.

Todas las filosofías se apoyan en estas bases, Espíritu y Materia considerados como dos aspectos en que se manifiesta el Uno, el Absoluto, fuera del Tiempo y del Espacio.

El Logos se manifiesta en Su universo o sistema

bajo tres aspectos, los de las "Personas" de la Trinidad cristiana, los de la Voluntad, Sabiduría (o Amor del Conocimiento) y Creación (o Actividad).

La Mónada humana es un fragmento de su Divino Origen, y reproduce estos tres aspectos en sí mismo, manifestándolos en el Hombre, como Espíritu. De aquí que la Voluntad espiritual humana, por formar parte de una Voluntad, será la fuerza irresistible cuando el Espíritu realiza su unidad, con el Logos. De donde resulta que para la Sabiduría espiritual humana nada en la Naturaleza puede existir vedado, e igualmente que todo puede ser ultimado por el Poder criador espiritual y humano.

Este es el último aspecto de la Trinidad humana que puede construir todo, lo que la Sabiduría puede conocer y todo lo que la voluntad puede determinar, como la Inteligencia en los mundos más sutiles y como el alma en los inferiores, se extiende hasta el Cosmos, para conocer, para comprender. Por esa Trinidad, cuya "naturaleza es conocimiento" el Hombre se apodera de todo lo que está fuera de sí mismo, el "No-Ser", en la frase india.

Vemos que por el empleo de los cuerpos el hombre puede conocer el universo exterior y la consciencia

cia puede llegar al conocimiento de su ambiente; principiando, para valernos de la terminología de Myers, con el conocimiento de su propio globo, como consciencia planetaria, puede extenderse al conocimiento del universo, como consciencia cósmica. La razón exige esto como una verdad necesaria, no porque sea probada por los grandes genios espirituales, sino porque tiene crecimientos en la consciencia planetaria que son ininteligibles sin causa e inútiles, a no ser que exista una consciencia que ellos esbozan y en cuya dirección luchan.

La Religión, el Arte, el Amor desinteresado y llevado al propio sacrificio son, como ya los llamamos, productos caseros y extravagancias, si no somos más que mosquitos de un día, danzando a la luz del sol, y que la tempestad dispersa; si construimos civilizaciones con grandes trabajos y sufrimientos infinitos para que desaparezcan; si todo eso sólo ha de quedar como recuerdo de la humanidad y no ha de restar más que un planeta helado girando en el espacio hasta que se deshaga, el trabajo penoso no tiene objetivo ni merece ser renovado, pues sus resultados serán siempre destruidos.

Esta misma idea ha producido una cierta inquie-

tud al genial novelista francés Marcel Proust, al que le hace decir en *La Prisonniere*, con motivo de la muerte de Bergotte: "¿Muerto para siempre? ¿Quién puede decirlo? Ciertamente las experiencias esperitistas, como tampoco los dogmas religiosos no nos ofrecen la prueba de que el alma subsista. Lo que puede decirse es que todo ocurre en nuestra vida como si entráramos en ella con un cúmulo de obligaciones contraídas en una vida anterior; no hay ninguna razón, en nuestras condiciones de vida en esta tierra, para que nos creamos obligados a obrar bien, a ser dedicados, ni aun a ser corteses; ni para el artista cultivado a que se crea obligado a empezar veinte veces un fragmento del cual la admiración que haya de existir, importará muy poco a su cuerpo comido de gusanos... Todas esas obligaciones que no tienen su sanción en la vida presente parecen pertenecer a un mundo diferente, fundado sobre la bondad, el escrúpulo, el sacrificio; un mundo absolutamente distinto de este, y del cual salimos para nacer en esta tierra, tal vez antes de volver a revivir en ella bajo el imperio de esas leyes desconocidas a las cuales hemos obedecido porque llevamos la enseñanza en nosotros sin saber quién

las ha trazado—esas leyes a las que nos aproxima todo trabajo profundo de la inteligencia y que son invisibles únicamente—y aun no—para los necios. De modo que la idea de que Bergotte no estaba muerto para siempre carece de inverosimilitud.”

Sin quererlo, o queriéndolo, consciente o subconscientemente, Proust se aproxima en sus inducciones a la filosofía teosófica, para la cual el Hombre es una inteligencia eterna espiritual, cuyo origen está en Dios, y sus actividades incesantes se desenvuelven en sus propios poderes intrincados que nadie puede aniquilar a no ser que el hombre desprecie a alguna de ellas como inútil para él, y aun así permanecen en la Memoria Eterna.

Para un tal Ser, los universos son una especie de juguetes instructivos que sirven para su educación y que pueden romperse en pedazos sin perturbar su inexpugnable ecuanimidad, porque apenas si son medios para un fin.

Así, pues, el universo vendría a ser un molino que no muele nada y que hace de la existencia un pesado fardo, de la vida un perpetuo castigo, sin que dispongamos siquiera de un Cirineo que piadosamente nos ayudase a llevar la carga, o un juez

con cuya clemencia pudiésemos contar para atenuar el castigo.

La Teosofía ve en el Hombre un Poder que se desenvuelve yendo de esfuerzo en esfuerzo, hasta alcanzar una Vida radiante, alegre, victoriosa, cuyo aumento y esplendor no tiene límites.

Filosóficamente considerado, el Hombre, como todos los seres, se compone de dos factores, Espíritu y Materia. Los varios cuerpos que la Ciencia Oculta describe son, partiendo del punto de vista filosófico, su envoltorio natural. En su totalidad son meramente su Cuerpo. El Hombre es una inteligencia espiritual en un Cuerpo. Los elementos constitutivos que forman ese cuerpo físico, emocional, mental, intelectual, intuicional, y formas espirituales de la Materia, no son más apropiados al estudio que los sólidos, líquidos, gases y otros que componen el cuerpo físico del hombre.

Como dice acertadamente Leadbester:

“Hasta que no hayamos conseguido librarnos por completo de la gran ilusión de que el cuerpo es el hombre, es completamente imposible que podamos apreciar los hechos relativos a este asunto tales co-

mo realmente son. Una simple investigación nos demuestra al momento que el cuerpo no es más que un vehículo por medio del cual el hombre se manifiesta en conexión con este tipo particular de grosera materia de la cual nuestro mundo visible está formado. Esta investigación demuestra, además, que existen otros tipos de materia más sutil, no sólo el éter admitido por la ciencia moderna, el cual compeetra todas las substancias conocidas, sino otros tipos de materia que a su vez compeentran al éter, los cuales son mucho más sutiles que el éter, del mismo modo que éste es mucho más sutil que la materia sólida.

Al lector se le ocurrirá, naturalmente, preguntar cómo le ha de ser posible al hombre hacerse consciente de la existencia de tipos de materia tan maravillosamente sutil, tan diminutamente subdividida. La respuesta es que puede hacerse consciente de esos tipos de la propia suerte que se hace consciente de la materia más inferior y grosera, esto es, recibiendo vibraciones de ellos. El hombre está capacitado para recibir vibraciones de esos tipos, debido a que contiene en sí mismo materia sutil de los mismos, puesto que, así como su cuerpo de materia densa es

su vehículo para percibir y comunicarse con el mundo de materia densa, del mismo modo la materia sutil que en sí mismo contiene, constituye para él un vehículo por medio del cual puede percibir y comunicarse con el mundo de materia sutil, la cual es imperceptible para los groseros sentidos físicos.

Esta idea no es nueva en manera alguna. Se recordará que San Pablo hace notar que existe un cuerpo natural, y un cuerpo espiritual, y que además atribuye un alma y un espíritu al hombre, pues en modo alguno emplea esos dos términos de una manera sinónima, como tan ignorantemente se hace a menudo hoy día. Es, pues, evidente que el hombre es un ser mucho más complejo de lo que comúnmente se supone; que no sólo es un espíritu dentro de un alma, sino que esta alma posee varios vehículos de diferentes grados de densidad, siendo el cuerpo uno de ellos tan sólo y el más inferior de todos. Estos varios vehículos pueden ser descritos como cuerpos en relación a sus respectivos niveles de materia. Pudiera decirse que existen en torno nuestro una serie de mundos el uno dentro del otro (por compeetración), y que el hombre posee un cuerpo

para cada uno de ellos, por medio del cual puede observarlos y vivir en ellos.

El hombre aprende progresivamente la manera de usar estos diversos cuerpos, y de esta suerte obtiene una idea mucho más amplia del muy intrincado mundo en que vive, pues todos esos otros mundos internos son en realidad una parte del mismo mundo. De este modo llega el hombre a comprender muchas cosas que antes le parecían misteriosas; cesa de identificarse con sus cuerpos, y aprende que ellos no son más que vestiduras que puede a voluntad dejar, volver a tomar o cambiar sin ser en lo más mínimo afectado por ello. Una vez más debemos repetir que todo esto no es en manera alguna una especulación metafísica, o una piadosa opinión, sino un hecho científico definido, perfectamente bien conocido por experiencia personal, por aquellos que han estudiado Teosofía. Por extraño que pueda parecer a muchos el que se hagan aquí afirmaciones categóricas, en vez de presentar hipótesis sobre cuestiones tales como las que nos ocupan, no hablo, sin embargo, de nada que no sea conocido por una constante, directa y repetida observación practicada por un gran número de estudiantes. Seguramente “conocemos

aquello de que hablamos”, mas no por la fe, sino por experiencia, y, por lo tanto, hablamos con conocimiento de causa.

A estos mundos internos, o diferentes niveles de la Naturaleza, nosotros les damos comúnmente el nombre de planos. Hablamos del mundo visible como “del plano físico”, aunque bajo este nombre incluimos también a los gases y a los diversos grados de éter. Al próximo inmediato grado de materialidad, los alquimistas de la Edad Media (los cuales estaban bien impuestos de su existencia) le dieron el nombre de “plano astral”, nombre que nosotros hemos adoptado. Dentro de este plano existe, además, otro mundo de materia todavía más sutil, al cual nosotros llamamos “el plano mental”, puesto que de su materia está compuesto lo que ordinariamente se llama la mente en el hombre. Existen otros planos más elevados todavía, pero no quiero hacerme pesado y molestar al lector con su enumeración, puesto que al presente sólo estamos tratando de la manifestación del hombre en los mundos inferiores.

Debe tenerse presente constantemente que todos estos mundos no están en modo alguno separados

de nosotros en el espacio. En efecto, todos ellos ocupan exactamente el mismo espacio, y están todos siempre igualmente en torno nuestro. Al presente, nuestra conciencia está concentrada en nuestro cerebro físico, y trabaja por medio de él, y a causa de ello sólo somos conscientes del mundo físico, y aun no de todo el conjunto del mismo. Pero basta con que aprendamos a concentrar esta conciencia en uno de estos elevados vehículos, para que al momento la materia física desaparezca de nuestra vista, y en su lugar se presente el mundo de materia correspondiente al vehículo que empleamos.

Recuérdese que toda materia es en esencia una sola y misma cosa. La materia astral no difiere en su naturaleza de la materia física, más de lo que difiere el hielo del vapor. Es simplemente la misma cosa en una condición distinta. La materia física puede convertirse en materia astral, y ésta en materia mental, con sólo que se la subdivide suficientemente, y se la haga vibrar con el debido grado de rapidez.

¿Qué es, pues, el hombre verdadero? El hombre verdadero es, en verdad, una emanación del Logos, una chispa del fuego Divino. El espíritu que en el

interior del hombre mora es de la misma esencia de la Deidad, y este espíritu usa a su alma como a un vestido, el cual le contiene y le individualiza, y que a nuestra limitada vista parece que lo separa durante algún tiempo del resto de la Vida Divina. La historia de la formación original del alma del hombre, y de la infusión del espíritu dentro de la misma, es una cosa muy bella e interesante, aunque demasiado extensa y complicada para poderla incluir en un libro de las pretensiones del presente. Dicha historia puede encontrarse en todos sus detalles en aquellos otros libros que tratan de esta parte de la doctrina. Bastará decir aquí que todos los tres aspectos de la Vida Divina concurren a su génesis, y que su formación es el punto culminante de aquel gran sacrificio del Logos al descender en la materia, el cual ha sido llamado la Encarnación.

Así nace el alma-niño; y como que está “hecha a la imagen de Dios”—triple en aspecto como Él lo es, y triple también en su manifestación—, del mismo modo el método de la evolución del alma es un reflejo del descenso de Dios en la materia. La Chispa Divina contiene en sí misma toda la potenciali-

dad, pero sólo a través de largas edades de evolución pueden hacerse efectivas todas sus posibilidades. El método establecido para la evolución de las cualidades latentes en el hombre, parece ser el de aprender a vibrar en respuesta a los choques externos. Pero en el nivel en donde se encuentra (el del plano mental más elevado), las vibraciones son demasiado sutiles para despertar al presente esta respuesta; debe principiar, pues, por los niveles más groseros y resistentes, y habiendo despertado sus adormecidas sensibilidades por medio de ellos, se hará gradualmente cada vez más y más sensitivo, hasta que al fin será apto para responder perfectamente en todos los niveles a todos los grados posibles de vibración.

Este es el aspecto material del progreso del hombre; pero considerado subjetivamente, el ser apto para responder a todas las vibraciones, significa poseer una simpatía y compasión perfectas. Esta es exactamente la condición del hombre desarrollado, el adepto, el instructor espiritual, el Cristo. Necesita desenvolver en sí mismo todas las cualidades que constituyen el hombre perfecto, y éste es el verdadero objetivo de su prolongada estancia en la materia."

## VI

## LA REENCARNACIÓN

Cómo se reviste el alma. — ¿Qué es la muerte? — El secreto de la vida y de la muerte — El origen unicelular. — ¿Son inmortales los seres unicelulares? — La individualidad perece; la especie permanece — Las células están sujetas a la vejez, como toda la materia. — ¿Qué es la vejez?. Con la muerte del cuerpo no cesa la actividad del alma. — El recuerdo de vidas anteriores.

## CAPITULO VI

### **La Reencarnación** <sup>(1)</sup>

Teniendo en cuenta que el alma no puede, al principio, ser afectada por los movimientos sutiles, necesita revestirse de vestidos de materia más sólida por medio de los cuales las vibraciones más groseras pueden obrar; así, pues, el alma se reviste sucesivamente del cuerpo mental, del cuerpo astral y del cuerpo físico. Esto es lo que se llama un nacimiento o encarnación, el principio de una vida física. Durante esta vida adquiere todo género de experiencias por medio de su cuerpo físico, y de ellas debe deducir enseñanzas y desenvolver cualidades en sí misma.

Pasado algún tiempo principia de igual modo a reconcentrarse en sí misma, y se desprende progresi-

---

(1) Véase nuestro libro *La Reencarnación o Ley de Karma*, publicado en esta colección.

vamente de los vestidos que ha adoptado. El primero que abandona es el cuerpo físico, y ese abandono es lo que llamamos muerte. El secreto de la vida y de la muerte se halla oculto en un pequeño glóbulo invisible al ojo desnudo, de algunas milésimas de milímetro de diámetro, la célula, cuya complejidad material coloidal excede singularmente la de algunos metales y metaloides que entran en su composición. Su actividad es prodigiosa. Es la perpetua creadora de todo cuanto respira, desde los vivientes infinitamente pequeños a las flores magníficas, y hasta los cerebros geniales.

Su trabajo misterioso sigue siempre el mismo ritmo. Con efecto, por el simple juego de la nutrición, la célula crece. Se apodera de la materia y de la energía circundante que transforma en su propia substancia viva, en su protoplasma. Luego, así que alcanza un cierto desarrollo, de ordinario el doble del que tenía al principio, se divide en dos la mitad más pequeñas, las cuales al crecer se dividen a su vez; y esto continúa indefinidamente en tanto que las mismas condiciones favorables de temperatura, de luz, de alimentación, del medio en que vive existen.

En cuanto a cada división de la célula madre, las dos células que provienen de ella se separan una de la otra y los seres nuevos que representan permanecen siendo microscópicos. Son los microbios, los protistas, los protofitos que flotan por todas partes en las aguas y en los aires. Por otra parte, si las células recién nacidas permanecen aglomeradas, los seres que constituyen se agrandan a medida que se añaden las unas a las otras, y no tardan en ser visibles. Su masa es entonces con frecuencia formada por trillones de células, y son los cuerpos de los animales y de las plantas superiores que conocemos. Estos cuerpos, pues, como ya lo hemos indicado, envejecen. A consecuencia de diversas causas, desgaste, división de trabajo, intoxicación, sus células se alteran, se descomponen; mueren de muerte natural. Su cuerpo se transforma en cadáver. Únicamente escapan a esa muerte ciertas células privilegiadas, las células gérmenes que puestas en libertad son susceptibles de reproducir otro cuerpo.

Pero, cosa extraordinaria, para los seres microscópicos invisibles, cuyo cuerpo permanece siempre unicelular según ciertos biólogos, la muerte natural, es decir, sin que ocurran accidentes, no se produce.